

entero, y el gran libro de la sociedad debe tener tantas cuentas corrientes como individuos existen, tantos artículos diversos como valores se producen.

Cuando llegue este tiempo de equidad, la política y el régimen representativo, la economía ecléctica y el socialismo comunista, serán tan despreciados como merecen serlo; y la monarquía, la democracia, la aristocracia, todos esos sinónimos de tiranía, parecerán á la juventud regenerada cosas tan extrañas, como las calidades formales, los átomos ganchosos, la ciencia heráldica y el caló de los teólogos.

§ III.—Mentira y contradicción del crédito. Sus efectos subversivos; su potencia para extender el pauperismo.

Al conducir al hombre por el camino milagroso del crédito, parece que la Providencia tuvo por objeto crear en el seno de la sociedad una institución general de seguros para la propagación y la perpetuidad de la miseria.

Hemos visto que á cada evolución de la economía política, la distinción entre el amo y el asalariado, el capitalista y el trabajador, se hacia más profunda: las máquinas y la competencia, el monopolio, la organización del Estado, las prohibiciones y las franquicias, todo cuanto el ingenio del hombre imaginó para aliviar la suerte de la clase laboriosa, se convirtió siempre en provecho para el privilegio, y en opresión cada vez más terrible para el trabajo. Ahora se trata de consolidar la obra, de fortificar la plaza contra las incursiones del enemigo, y asegurar al poseedor contra los ataques del desposeído.—Pero este seguro lo pagará todavía el expoliado, porque...

está escrito: TODO POR EL TRABAJO, Y TODO CONTRA EL TRABAJADOR.

Obreros, trabajadores, hombres de labor, hombres que producís, se les dice con un énfasis lleno de linsonja; para vosotros, para consuelo de vuestra vejez, instituímos estas cajas de ahorros. Venid, traed vuestras economías; nosotros os las guardaremos, os pagaremos el interés, sereis nuestros renteros, y nosotros seremos vuestros deudores.—Labradores: vosotros tomáis dinero á usura; y como no reembolsáis nunca, se os expropia: venid á nuestros bancos hipotecarios; no os exigiremos nada por la escritura; no exigiremos tampoco el reembolso, y mediante un pequeño interés, al cabo de treinta y seis, de cuarenta y cinco ó de cincuenta años, os vereis libres de la deuda.—Manufactureros, comerciantes é industriales: careceis de dinero; pero no sabéis que vuestras fábricas, vuestros útiles, vuestras casas, vuestra clientela, vuestro talento y vuestra probidad, son una mina cargada de oro. Nosotros lavaremos esa tierra y extraeremos el metal precioso que oculta; y cuando se haya hecho la operación, os lo devolveremos todo, mediante un ligero descuento.—Padres de familia, ¿quereis asegurar una dote á vuestras hijas, una pensión á vuestras viudas, un ahorro para vuestros hijos menores? Pues venid; á partir desde el momento de la inscripción, sólo os pediremos un interés proporcionado á vuestra edad, de la suma que habremos de pagaros.

Y todos trabajareis, todos vivireis sin inquietud, y el oro correrá á mares. Sereis ricos; ricos y dichosos, porque tendreis trabajo, venta, rentas, dotaciones, herencias y beneficio por todas partes!

Con una sola palabra destruyo este edificio, y reduzco á la nada la mistificación del crédito. Este, por esencia y por destino, exige siempre, como la

lotería, más de lo que dá; y no puede ménos de ser así, porque si no fuese dejaría de ser lo que es. Luego no puede dudarse que hay siempre espoliación de la masa, y cualquiera que pueda ser la apariencia, explotación, sin reciprocidad, del trabajo por el capital.

Y sobre todo: el crédito miente cuando se ofrece á todo el mundo.

Por un lado, el economista charlatan nos dice:

« Sólo puede aspirar á gozar del crédito, el hombre honrado, aquel que tiene sentimientos de honor, que es fiel á su palabra y esclavo de sus compromisos. Crédito y confianza son sinónimos. Pues bien: ¿en qué sitios y entre qué personas puede existir la confianza, sino entre aquellas que son probas y morales? ¿Y quién no se sentirá impresionado al ver lo que tienen de liberal las instituciones de crédito provistas de abundantes recursos y administradas con buena intencion? El objeto de estas instituciones es, en efecto, hacer pasar los instrumentos de trabajo, la sustancia vital de las empresas, grandes ó pequeñas, el nervio de la industria, los capitales, en fin, de las manos de los tenedores que no quieren hacerlos valer por sí mismos, á otras más aptas ó más dispuestas á utilizarlos, que ofrecen seguridad. Donde quiera que existe el crédito bien organizado, el hombre que reúne la inteligencia y el amor al trabajo, la aptitud industrial y la probidad, está seguro de que no le faltará el medio de adquirir la comodidad y crearse aquella posicion que el poeta antiguo calificaba de medianía de oro, que los ingleses designan con la palabra independencia, y que ofrece al hombre las mayores garantías de felicidad. Una vez en este punto, y salvo algunas excepciones, los hombres se detienen voluntariamente y clavan su tienda sin mirar más léjos. Y las excepcio-

nes mismas, las naturalezas superiores, cuando llegan aquí, les es fácil elevarse por medio del crédito, á esas altas posiciones industriales que están al nivel de las mejores posiciones sociales, y de las cuales se pasa á las más eminentes funciones del Estado, como tantas veces lo hemos visto en nuestra sociedad liberal. De quince años á esta parte, señores, habeis visto dos comerciantes, dos hombres que se habian elevado siguiendo el camino del comercio, llegar á la primera de las dignidades del Estado, á la de presidente del Consejo de Ministros!... » (SR. CHEVALIER, *Curso de economía política, Discurso preliminar*, 1845.)

Oigamos ahora al economista filósofo, y procuremos saborear la leccion:

« El crédito no es una anticipacion del porvenir, una decepcion de crematística que no hace más que trasladar los capitales aparentando que los crea: el crédito es la metamorfosis de los capitales estables y empleados, en capitales circulantes ó libres. Es necesario, pues, que el crédito se funde en realidades y no en expectativas; exige hipotecas y no hipótesis... *Ex nihilo nihil fit*: luego, si quereis crear, prestad los materiales, y no lo que debeis crear, como instrumento de creacion, porque ese es un círculo vicioso. El mal íntimo que mina el crédito, consiste en que se descuenta el fin en vez de los medios. » (CIESZKOWSKI, *Del crédito y de la circulacion*.)

¡Admirable en la expresion, pero desesperante en la lógica! El crédito, en buena y sana economía, no se concede á la persona, sino á la hipoteca; el crédito, tan magníficamente definido, *la metamorfosis de los capitales empleados en capitales circulantes*, es el cambio revocable de un capital cualquiera por dinero, una venta con pacto de retro. Luego, á pesar de la etimología de la palabra, crédito es descon-

fianza, supuesto que el hombre que nada posee no obtiene crédito nunca: léjos de esto, es él quien, obligado á servir para vivir, dará eternamente su trabajo á crédito durante ocho, quince ó treinta dias!

¡Y se nos habla de organizar el crédito, como si éste fuese algo más que la circulacion de una mercancía accesible solamente á los que poseen capitales susceptibles de ser hipotecados! Hablad de organizar la prenda del crédito, porque esa es la única cosa que falta; la prenda del crédito, ¿entendeis? es decir, la posesion de la tierra, la industria y el trabajo. El crédito no faltará nunca á las *realidades*; la confianza en las cosas no tiene límites; pero la confianza en el hombre, el crédito *personal*, no existe en ningun sitio. Luego, ya lo he dicho y lo repito; la prenda, los motivos de confianza en las personas, eso es lo que se trata de crear: y hablarnos de hacer crédito al trabajo ántes de educar al trabajador, es construir una sombra de via férrea para trasportar sombras de viajeros en sombras de wagones.

Vemos, pues, que el crédito, por su condicion esencial, es inaccesible al trabajador, que no tiene influencia directa en su destino, y que para él es lo mismo que si no existiese: es la manzana de oro de las Hespérides guardada por un dragon, siempre vigilante, que sólo el hombre fuerte que lleva en su escudo la cabeza de Medusa, la hipoteca, puede coger. El crédito no tiene nada que ver con los pobres, con los jornaleros ni con los proletarios; para ellos, el crédito es un mito, porque debe *fundarse en realidades, no en expectativas*; el crédito es *real*, no *personal*, como dicen los legistas. Para que esta regla pueda tomarse al revés, es preciso que, por la reaccion del trabajo contra el capital, todas las riquezas apropiadas se conviertan en riquezas colectivas, que los capitales salidos de la sociedad entren de nuevo

en la sociedad; es preciso, en fin, que se resuelva la antinomia. Pero entónces el crédito no será más que un órgano secundario del progreso, y habrá desaparecido en la asociacion universal.

Supuesto, pues, que el crédito miente, es indudable que roba. La relacion de estas dos ideas es tan necesaria, como la que existe entre la improductividad y la miseria. Y en efecto; el crédito es el reinado del dinero y de la productividad del capital organizada sobre las bases más amplias: dos ficciones que, bajo el nombre de crédito, se unen y se conciertan para consumir la servidumbre del trabajador.

No nos cansemos de recurrir á los principios.

Así como del capitalista al obrero hay supremacía y dependencia, ó en otros términos; así como el capital inaugura en la sociedad un feudalismo inevitable, así tambien de la moneda á las demás mercancías hay supremacía y subalternizacion. La jerarquía de las cosas reproduce la de las personas; y aún cuando, siguiendo el sistema de Ricardo ó el del Sr. Cieszkowski, todos los cambios se efectuasen por medio de billetes ó títulos de propiedad de los capitales susceptibles de desempeño, la moneda metálica sería siempre el dios oculto que, en su profunda ociosidad y en su real incuria, dirigiria el crédito; primero: porque los valores circulantes se habrian, no *hecho*, pero sí *fingido* á su imagen; segundo: porque la moneda les serviria siempre de medida, aún cuando su estampilla apareciese en el papel; tercero: porque éste no tendria aceptacion en el público ni crédito en el comercio, si no se le suponía siempre, y á voluntad, reembolsable en dinero; y cuarto: porque, á pesar de la generalidad de la ficcion, la constitucion efectiva de los valores no habria adelantado un paso.

¿Qué habríais obtenido con este banco central que

emitiese miles de millones en billetes con interés, garantizados por las propiedades del Estado y por todos los inmuebles del país? Hacer un inmenso catastro por el cual todos los capitales y los instrumentos de trabajo, *valuados en dinero*, se movilizarían, se harían transmisibles y se lanzarían en la circulación, sin más formalidades que una moneda de oro. En vez de cuatro mil millones á que asciende hoy en Francia la circulación, llegaría rápidamente á veinte ó treinta mil. Es más; gracias á la variedad de la garantía, este inmenso material de circulación no se despreciaría. Tendríamos, pues, el fantasma de la constitucion del valor, que debe hacer todas las mercancías aceptables como el oro; pero no tendríamos la realidad de esta constitucion, supuesto que los capitales monetizados para entrar en el comercio, habrían sufrido una reduccion prévia, garantía de su valor nominal.

Creo, pues, dejar demostrado que el crédito no llena el objeto de la economía política, que se reduce á constituir todos los valores sociales en su precio natural y legítimo, determinando su proporcionalidad. Léjos de esto, el crédito, al desempeñar los valores mobiliarios é inmobiliarios, no hace más que declarar su subordinacion al numerario: reconoce el imperio de éste y la dependencia de aquellos; y en vez de crear una circulación franca, establece un peaje sobre todos los valores, por la deducccion que les hace sufrir para hacerlos circulables. En una palabra, el crédito desvanece las nubes que envuelven el problema, pero no lo resuelve.

Esto mismo confiesa el Sr. Cieszkowski en los términos siguientes:

« La explotacion del crédito y de la circulación es la explotacion de los valores más *idealizados* y más *generalizados* de una nacion; es una industria, si se

quiere; pero una industria que opera, no sobre tal y cual valor bruto é inmediato, sino sobre la quinta esencia general de todos los valores, sobre un producto *sublimado* de todas las riquezas efectivas, despues de cuyo desprendimiento, el residuo de la sublimacion sólo presenta un *caput mortuum*. »

Hé ahí, pues, la obra del crédito. Empieza por generalizar y sublimar (estimando en 4 lo que vale 6) la riqueza, reduciendo á un tipo único (el dinero) los valores (instrumentos de trabajo y productos), imperfectamente cambiables, como los granos de oro en el mineral. Despues hace converger todos estos valores generalizados y sublimados hácia un órgano central, al palacio del dinero, en donde se realiza el misterio.

Démonos cuenta de la operacion, considerándola bajo todas sus fases.

Primeramente el crédito, al dar á la moneda formas tan variadas como lo son los capitales empleados, no produce ninguna depreciacion en los valores metálicos. El oro y la plata conservan su precio y su poder; el papel de crédito, aunque igual á ellos y superior en cierto sentido, supuesto que produce interés, no los anula: al contrario, haciendo circulables como ellos los capitales empleados, no hace más que marcar la proporcion de los unos y de los otros. No es la mercancía moneda la que aumenta, como sucedería si se doblase la masa metálica, ó si se emitiesen de repente mil millones en asignados; es la riqueza social misma, con su variedad infinita y sus formas innumerables, la que entra en movimiento. Este es un nuevo paso, en fin, pero un paso gigantesco hácia esa constitucion absoluta del valor, que es el objeto final de la economía política. Y en efecto, para hacer definitiva esta constitucion, sólo se trata de sustituir en el crédito la igualdad á la

jerarquía, de hacer que todo valor sea circulable, no sólo bajo el beneficio de la deducción y del descuento, sino á la par, que es el carácter esencial de la moneda.

Ahora bien: este intervalo, más allá del cual el trabajador y el capitalista se hacen iguales y semejantes, es el que el crédito no salvará sin dejar de ser lo que es; quiero decir, sin metamorfosearse en mutualidad, solidaridad y asociación: en una palabra, sin hacer desaparecer la servidumbre del INTERÉS.

El interés, la usura, la regalía, el diezmo, ó como lo llamé en otra ocasión, el derecho de *aubaine* (1), es el atributo esencial del capital, la expresión de su prerrogativa; por consiguiente, la condición *sine qua non* del crédito. ¿Cesa este interés con la emancipación de los capitales mobiliarios é inmobiliarios y con la creación de los billetes que producen renta? No: lejos de eso, se ejerce en mayor escala, con más generalidad, regularidad y consistencia. Luego, nada se cambió en la constitución social; y el antagonismo sobre que descansa, debió recibir un aumento de actividad y de energía.

¿En qué consiste ahora el mecanismo, y cuál es la propiedad del interés? El querer que en la sociedad el producto neto sea un excedente del producto bruto (véase el capítulo VI), crear continuamente un capital ficticio, una riqueza nominal, un gasto no precedido de ingreso, un activo que no se puede encontrar; es, en una palabra, suponer lo imposible, y como consecuencia, hacer que la riqueza afluya sin cesar de las manos de los que producen y, según la ficción, *reciben crédito*, á las manos de los

(1) Era el que tenía el fisco regio á la sucesión de los extranjeros no naturalizados. (N. del T.)

que no producen, pero que, según la misma ficción, *hacen crédito*; lo cual es tres ó cuatro veces contradictorio.

El capitalista que dispone de valores metálicos, únicos constituidos, únicos aceptables en toda clase de cambios; el capitalista, digo, queriendo ayudar al trabajador, favorecer el comercio y la producción, contribuir, en lo que pueda, á la fortuna pública, toma en garantía los títulos de propiedad de sus clientes, y les dá dinero ó letras de cambio contra su propia casa, lo cual aumenta sus beneficios; todo esto mediante interés, circunstancia que hace volver al banco el mismo numerario que se prestó, sin que por esto se extinga la deuda. Y como las sumas prestadas, que vuelven por medio de la usura, se vuelven á prestar continuamente, sucede bien pronto que el suelo, las casas y todo el mobiliario de la nación, se encuentra hipotecado á favor de los banqueros. Este movimiento de enajenación es de una rapidez tan grande, que sólo se le puede comparar al de los cuerpos celestes. El doctor Price había calculado que un décimo, puesto á interés compuesto desde la era cristiana hasta 1772, habría producido más oro del que pueden contener 150 millones de globos del tamaño de la tierra.

Si el dinero, que se cobra siempre apenas se prestó, y que siempre se pide con insistencia, llega á faltar, el banquero emite billetes de confianza; los cuales, á pesar de los pequeños accidentes y de los errores que pueden ocurrir, no tardan en volver, como sucede con el numerario, dando lugar á un pedido mayor.

Si el papel de banco, garantizado por la hipoteca, no basta, se crean billetes con interés; se pone en circulación lo que queda de los capitales; se inventan nuevas combinaciones de amortización; se dis-

minuye el precio del préstamo y los gastos del contrato; se alargan los plazos... pero como, en definitiva, es imposible que el capital se preste de balde; como no es posible que ingrese tal como se emitió; como el interés del capital, por pequeño que sea, desde el instante en que debe reproducir indefinidamente el capital mismo con beneficio, es superior al excedente que el trabajo deja al productor, es necesario que en la nación, el trabajo, si así puedo expresarme, se *enajene* continuamente en beneficio del capital, y que continuamente también, la bancarota y la miseria restablezcan el equilibrio.

Cuando el doctor Price y su discípulo Pitt hacían sus cálculos sobre el interés compuesto, no se apercebían de que estaban demostrando matemáticamente la contradicción del crédito. La variedad de las formas, la sutileza de las combinaciones, la facilidad del transporte, la latitud concedida para el reembolso; todo eso no vale nada: el equilibrio no puede existir sino á condición de hacer *entrar el crédito en sí mismo*; es decir, de hacer al capitalista y al trabajador, acreedores y deudores en igual grado; cosa imposible bajo el régimen del monopolio.

Venga, pues, cuanto ántes esa circulación universal de los capitales; ese reinado de los billetes con interés, en el cual el dinero, ídolo decrepito, quedará completamente retirado, y veremos á la humanidad, que los poetas nos pintan como la prometida de Dios y la reina de la naturaleza, la veremos, digo, sentada como una cortesana ante una mesa de juego, con los ojos inflamados y la garganta palpitante, produciendo para el juego, comprando, vendiendo y especulando para el juego. Entonces los instrumentos de trabajo se habrán convertido en puestas y en instrumentos de juego; los mercados serán bolsas y los caminos guaridas de

bandoleros; la navegación se convertirá en piratería; el arte y la ciencia serán fábricas de llaves falsas, de cinceles, de pinzas y de sierras preparadas para el robo: más tarde vendrán los horrorosos suicidios, las venganzas atroces, la disolución, el pillaje y la anarquía; después de lo cual, fatigada la sociedad, pero no harta, empezará de nuevo su círculo infernal.

«¿No es de temer, exclama el Sr. Augier al aspecto de este espantoso porvenir; no es de temer que el hábito produzca la impudencia, y que la gran familia humana se convierta en una cuadrilla de ladrones ó de quebrados fraudulentos regidos por leyes contrarias á la equidad é hipócritamente coaligados contra la justicia, que siempre respetaron los hombres honrados? ¿No es de temer, en fin, que costumbres nunca vistas vengan á renovar y poner en práctica lo que sucedió, en cuarenta y ocho horas, en los Estados de la América, la bancarota de cien bancos á la vez, la del gobierno, y, lo que faltó al espectáculo, la de todos los ciudadanos en un día? ¡Hermoso asunto para soñar en los presidios; especie de ley agraria de nuevo género!... »

¿Cómo dudarle todavía? Bajo el régimen del monopolio, organizar el crédito es jugar á la lotería todo el haber social. Mientras la diferencia del producto bruto y del producto líquido en la sociedad, única causa verdadera del pauperismo, pasa desapercibida, enmascarada por el ruido de la ciencia y el cambio de las decoraciones; mientras que el progreso de la mecánica industrial, las luchas de la competencia, la formación de las grandes compañías, las agitaciones parlamentarias, las cuestiones sobre enseñanza, impuesto, colonización y política exterior absorben la atención pública y la distraen de sus grandes intereses, el crédito, por la genera-

lizacion de los valores, por su emancipacion y su afluencia á un depósito único, se prepara á descubrir este sistema de miseria, y á demostrarnos la imposibilidad matemática de nuestro orden social.

La economía política, al dirigir el movimiento social hácia la constitucion de los valores, aspira á resolver en la sociedad el problema del movimiento perpétuo; problema que los mecánicos y los economistas declaran insoluble, porque no poseen los datos necesarios para resolverlo. El movimiento puede ser continuo bajo una condicion: ¿cuál? La de que sea espontáneo, producido por una fuerza íntima, no por una fuerza exterior á la máquina. Así vemos que en el universo hay perpetuidad de movimiento, porque resulta de una fuerza íntima á la materia, la atraccion; la vida es perpétua en el animal, porque resulta de una fuerza íntima á la organizacion, creadora del organismo y capaz, hasta cierto punto, de subyugar sus elementos. Y como está en la naturaleza de la vida acrecentar, por la organizacion, aquello mismo que se le opone, llega un momento en que la vida sucumbe bajo la atraccion molecular, una espontaneidad bajo otra espontaneidad; pero la vida en sí misma, como la atraccion, es perpétua.

Tal es tambien la fuerza que anima y desarrolla á la sociedad; fuerza espontánea, imperecedera, cuyos latidos son nuestras contradicciones. En la hipótesis del crédito, el hombre hace salir del privilegio, y sólo del privilegio, la fuerza productiva; esta fuerza que debe ser íntima al trabajo, y que por consiguiente, reside en las entrañas mismas de la sociedad. ¿Tiene algo de particular que el crédito, con todas sus combinaciones, llegue fatalmente á la inmovilidad y á la muerte? El privilegio, se dice, dá impulso al trabajo por medio del crédito; pero el privilegio sólo dura el tiempo que el trabajador

puede, produciendo, despojarse en beneficio suyo sin perecer. Y como la teoría del interés acumulado prueba que el capital prestado al trabajo se paga dos veces cada catorce años, se sigue de aquí que, en una organizacion perfecta del crédito, el trabajo pierde al cabo de los catorce años los capitales que puso en movimiento. La consecuencia es que el equilibrio no se establece para los capitales sino por medio de la bancarota, lo cual significa que la ley del desarrollo social no es idéntica á la del crédito, y que para ponernos de acuerdo con el principio que hace marchar el mundo, debemos empezar por desposeer á los que poseen; cosa imposible mientras no se resuelvan nuestras anteriores contradicciones.

Que se diga y se repita bajo todas las fórmulas imaginables, que el crédito debe *fundarse en realidades y no en expectativas*; que exige *hipotecas y no hipótesis*: toda esa teoría, inatacable para el que se coloca en el terreno de la rutina del privilegio, es impotente y falsa, supuesto que, en definitiva, los capitales, considerados en su conjunto, no tienen más hipoteca que ellos mismos, y que al prestarlos, el crédito no puede fundarse en más realidad que la suya. Al salvar de un salto toda esta fantasmagoría del crédito, Law demostró más franqueza que los teóricos de nuestro siglo, procurando fundarle sobre un mito (era preciso impresionar las imaginations con alguna cosa), y diciéndose á sí mismo: La teoría indica que el crédito debe ser real, es cierto; pero en la sociedad, la progresion del interés lleva consigo la insolvencia del deudor, y es inevitable que el crédito, que empieza siendo real, se convierta por fin en personal; es decir, que se funde en los castillos de España. Dada esta situacion, vale más que el deudor sea el Estado, pues como hipoteca moral, la suya es bastante mejor que cualquiera

otra. Además, este deudor es omnipotente, y se sigue de aquí que, al revés de los otros deudores, en vez de recibir, es él quien dá crédito.

Imagínese el lector, si le es posible, á qué tortura de espíritu debió verse entregado este hombre en medio de todas estas contradicciones, cuyo secreto nadie poseía entónces; á qué vértigo debió sucumbir más tarde, cuando vió todas sus combinaciones por tierra y aparecer la fea bancarota, como decía Mirabeau. Hemos necesitado cincuenta años de un desarrollo filosófico sin igual en la historia, para comprender á este Law, hombre de inteligencia superior, aventurero audaz que buscaba una construcción imposible, el movimiento continuo de la sociedad por medio del crédito, y que, racionando con una exactitud prodigiosa, llegó por su lógica misma á la contradicción y á la nada. ¡Júzguese ahora si este hombre debió ser admirado de los que creían comprenderle, y calumniado de los que no eran capaces de entenderle!... Sin duda, Law tenía el vago presentimiento de esta terrible antinomia que iba ofreciendo, como la piedra filosofal, de nación en nación; y decimos que tenía el vago presentimiento de esa antinomia, porque no podemos admitir que se hiciese ilusiones sobre el valor de sus acciones del Mississipi; pero le era imposible darse cuenta de una duda que contradecía la teoría, y obligado por los acontecimientos, seguro de no haberse separado de la rutina vulgar, se decidió á penetrar en lo desconocido exponiéndose á arruinar un imperio por una experiencia metafísica, y á retirarse despues agoviado bajo el peso de la execración general. Lo que yo más admiro en este hombre, lo que á mis ojos hace de Law un personaje verdaderamente histórico, una figura ideal, es el hecho de haber creído que semejante experiencia valía la pena de hacerse,

y que no hubiese vacilado ante las consecuencias. Despues de todo, Law no disminuía el capital social; lo único que hizo fué hacerlo cambiar de sitio; pero el trabajo quedaba como áncora de salvación; el pueblo no corría ningun riesgo en el ensayo; y en cuanto á la nobleza, avara, ociosa y depravada, no merecía que se cuidase mucho de ella.

Nadie comprendió las ideas de Law; ni siquiera él mismo; y los economistas y los historiadores que despues hablaron y hablan todavia de ellas, tampoco han penetrado el misterio. Es, pues, NECESARIO que la experiencia se renueve, y todo se dispone hoy con un conjunto admirable para que la tentativa sea más general, y para que ninguna fortuna se le escape. Los Sres. Cieszkowski y Wolowski son los principales jefes de la expedición; los miembros que componen la comisión encargada de revisar la ley de hipotecas y organizar el crédito agrícola, forman la tripulación, y el Sr. Augier es el Jeremías que llora, ántes de tiempo, la terrible catástrofe. ¿Quién se atreverá á quejarse cuando las notabilidades de la economía política, de la banca, de la enseñanza y de la magistratura, apoyadas por la opinión pública, hablando en nombre de la ciencia y de los intereses del país, despues de haber hecho adoptar sus ideas á los grandes poderes del Estado, á la vez que apuntaban la lección al legislador, hayan añadido á nuestro antiguo bagaje de democracia y de monarquía, la BANCOCRACIA, el gobierno de la bancarota?

El crédito es hipócrita como la contribución, explotador como el monopolio, agente de servidumbre como las máquinas. Como un contagio sutil y lento, propaga, extiende y distribuye entre la masa de los pueblos los efectos más concentrados y más localizados de las plagas anteriores. Pero sea cualquiera la máscara con que se cubra, piedad, trabajo, pro-

greso, asociacion, filantropía, el crédito es ladron y asesino, principio, medio y fin del feudalismo industrial. El legislador de los hebreos habia sondado todas estas profundidades cuando recomendaba á su pueblo que prestase á las demás naciones, pero que no les pidiese nunca prestado, y que bajo esta condicion les prometia la dominacion y el imperio del mundo:

Si prestas á las naciones
y tú no contraes empréstitos,
reinarás sobre todos los pueblos,
y nadie será tu amo.

DEUTERONOMIO, c. xv, v. 6.

Los judíos no faltaron á este precepto; infieles á Jehovah con frecuencia, fueron fieles á Mammon siempre, y se puede ver hoy si la promesa de Moisés se realizó.

El crédito obra, no directamente, hiriendo al productor solamente, sino de un modo indirecto y cayendo sobre el consumidor, como sucede con el impuesto por cuota. Hé ahí por qué la accion del crédito es imperceptible para el vulgo y no subleva la opinion contra él: como en todas las cuestiones de impuesto, el interés dividido de la produccion vence al interés colectivo del consumo. Se dice que la fuerza aumenta con la concentracion, *vis unita major*; tambien se puede decir que un peso cualquiera que se divide parece menor; y en esto, precisamente, se funda el prestigio del crédito. Como todo el mundo espera salir beneficoso del juego echando sobre el público el interés que le perjudica, todos están de acuerdo en recurrir al crédito, y nadie piensa en conjurar sus efectos subversivos: no se reflexiona que en esta lotería las probabilidades se combinan de tal manera, que el banquero gana siempre y

que, en definitiva, salvo algunos afortunados que acaban siempre por asociarse al banco, siendo el recargo de los productos universal y recíproco, cada productor sale tan perjudicado como si sufriese sólo el peso de su propio crédito, que es el peso de su mala conciencia.

Pero... ¿no podria suceder que por la universalidad del crédito, por la variedad de sus combinaciones, cada cual fuese á la vez comanditario y comanditado, diese crédito y lo recibiese, percibiendo una prima en el primer caso y pagándola en el segundo, de modo que, por esta circulacion verdadera, las condiciones se igualasen y se garantizasen mutuamente?

Yo me hago cargo de esta objecion, por más que sea pueril, á fin de presentar con toda la evidencia posible el círculo vicioso del credito y la imposibilidad matemática de esta pretendida circulacion igualitaria. Por lo demás, varios financieros y no pocos organizadores del crédito, se engañaron con esta utopia: por consiguiente, debe perdonarse á la generalidad de los lectores que la presenten como un argumento, y á mí se me debe permitir que conteste.

Recordemos que en el período actual de las antinomias sociales que llamamos el crédito, y del cual se nos prometen tantas maravillas, nada está organizado: que el trabajo está abandonado á la division parcelaria, el taller al salariado, el mercado á la competencia y al monopolio, la sociedad á la hipocresía fiscal y parlamentaria. En esta situacion, para que el equilibrio, tal como se le supone, pueda establecerse, es preciso que los grandes capitales perteneciesen á los más pequeños jornaleros; los de segundo orden, á los obreros de un grado superior; y los más reducidos, por consiguiente, las más pequeñas rentas, á los trabajadores que reciben los